

“No les queda vino”

Tema de reflexión

Mayo 2018

En los Hechos de los Apóstoles descubrimos que los discípulos «*se volvieron a Jerusalén... Y cuando llegaron subieron a la estancia superior, donde vivían, Pedro, Juan, Santiago y Andrés; Felipe y Tomás; Bartolomé y Mateo; Santiago de Alfeo, Simón el Zelotes y Judas de Santiago. Todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos*» (Hch 1, 12-14). Esta es la primera imagen de aquella comunidad que los Hechos —como se puede comprobar— nos describen con bastante detalle.

La primera Iglesia ha superado la noche de los miedos y del ridículo por el fracaso: la comunidad del “Nazareno” parecía finalizada tras la dolorosa experiencia de la Cruz del Maestro. Pero eso había sido la palabra de los hombres, la de Dios era la Vida. El miedo, sin duda, paraliza e inactiva para la reacción, te sientes débil, la tentación es echar a correr, evitar la situación comprometida: es la peregrinación de la cobardía, la que habían emprendido aquellos dos hacia Emaús. Necesitas una mano fuerte, serena, un corazón firme, una esperanza ardiente: y sin duda María era la candidata.

La Iglesia nace del Corazón de Jesús y de la fe firme del Corazón de María. Una Madre que supo reunir, sanar los corazones de los amigos de su Hijo, que no les dejó permanecer en la desesperanza. Sencillo, María conocía el valor de la noche, lo había experimentado ya muchas veces.

En la noche de Belén contempló entre sus brazos la debilidad de todo un Misterio que había nacido de su seno ¿qué rezaría María en aquella primera noche de la Adoración Nocturna Femenina?! Su fe alienta ahora nuestras vigiliat. Pero vinieron otras muchas noches: las de las predicaciones a multitudes, la multiplicación de los panes y los peces, los milagros, las persecuciones, las diatribas con fariseos y publicanos... Las noches de María son las de aquella que pretende descubrir la voluntad de Dios, que no se encierra en sus juicios y opiniones, que busca más allá de sus caprichos o gustos: “*San Lucas pone de relieve la presencia de María, la Madre de Jesús, en aquella primera comunidad (cf. Hch 1, 14). Ya se sabe que María no había participado directamente en la actividad pública de Jesús. Pero el evangelio de Juan nos asegura que se hallaba presente en dos momentos decisivos: en Caná de Galilea, cuando, gracias también a su intervención, Jesús comenzó sus «signos» mesiánicos, y en el Calvario. A su vez, Lucas, que en su evangelio destacó la importancia de María ante todo en la anunciación, en la visitación, en el nacimiento, en la presentación en el templo y en el período de la vida oculta de Jesús en Nazaret, ahora, en los Hechos, nos la muestra como la mujer que, después de haber dado la vida humana al Hijo de Dios, está también presente en el nacimiento de la Iglesia, a través de la oración, el silencio, la comunión y la espera confiada.*” (S. Juan Pablo II, audiencia 29 enero 1992)

La Adoración Nocturna Femenina refleja especialmente estos matices: oración, silencio, comunión y espera confiada. Nuestras Vigiliat son de oración, de diálogo con un Dios que no se cansa de salir a nuestro encuentro. Como mujeres ponemos rostro al anhelo profundo de la Iglesia: “*Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón. La comunidad cristiana está integrada por personas que, reunidas en Cristo, son guiadas por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el reino del Padre y han recibido la buena nueva de la salvación para comunicarla a todos. La Iglesia por ello se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia.*” (Gaudium et

Spes, 1). Nuestra oración no nos encierra en nosotras mismas, nos empuja a alentar, como María, la vida de aquellos que “*viven en tinieblas y en sombra de muerte*”. Nuestra oración es esperanza, da vida, alienta...

Pero necesita del silencio. Acallar tantas voces de dentro para escuchar las de fuera. Primero la voz de Dios, que me hablará desde lo más profundo de mi corazón, pero sin olvidar también la voz de Dios en el corazón de los demás. El silencio mueve a la comunión: a dejarme interpelar por las necesidades ajenas. De este modo el “*no les queda vino*” de las bodas de Caná se convierte en súplica, en diálogo de amor... Sólo un corazón atento, que sabe vivir en un silencio fecundo, es capaz de darse cuenta de las “*noches*” que ensombrecen tantas realidades.

Y espera confiada: “*Venerar a la Madre de Jesús en la Iglesia significa aprender de ella a ser comunidad que ora: esta es una de las notas esenciales de la primera descripción de la comunidad cristiana trazada en los Hechos de los Apóstoles (cf. 2, 42). Con frecuencia se recurre a la oración por situaciones de dificultad, por problemas personales que impulsan a dirigirse al Señor para obtener luz, consuelo y ayuda. María invita a abrir las dimensiones de la oración, a dirigirse a Dios no sólo en la necesidad y no sólo para pedir por sí mismos, sino también de modo unánime, perseverante y fiel, con «un solo corazón y una sola alma» (cf. Hch 4, 32).*

Queridos amigos, la vida humana atraviesa diferentes fases de paso, a menudo difíciles y arduas, que requieren decisiones inderogables, renunciadas y sacrificios. El Señor puso a la Madre de Jesús en momentos decisivos de la historia de la salvación y ella supo responder siempre con plena disponibilidad, fruto de un vínculo profundo con Dios madurado en la oración asidua e intensa. Entre el viernes de la Pasión y el domingo de la Resurrección, a ella le fue confiado el discípulo predilecto y con él toda la comunidad de los discípulos (cf. Jn 19, 26). Entre la Ascensión y Pentecostés, ella se encuentra con y en la Iglesia en oración (cf. Hch 1, 14). Madre de Dios y Madre de la Iglesia, María ejerce esta maternidad hasta el fin de la historia. Encomendémosle a ella todas las fases de paso de nuestra existencia personal y eclesial, entre ellas la de nuestro tránsito final. María nos enseña la necesidad de la oración y nos indica que sólo con un vínculo constante, íntimo, lleno de amor con su Hijo podemos salir de «nuestra casa», de nosotros mismos, con valentía, para llegar hasta los confines del mundo y anunciar por doquier al Señor Jesús, Salvador del mundo.” (Benedicto XVI, audiencia 14 marzo 2012).

María es madre y maestra, escuela de la perfecta adoradora, mujer de la Pascua que nos descubre por la oración una vida nueva, glorificada. La esperanza tiene sentido, pero hay que descubrirlo y anunciarlo, testimoniarlo. El Espíritu Santo viene en nuestra debilidad, es la fuerza necesaria para transformar nuestra vieja condición: necesitamos Pentecostés... María es el mejor ejemplo de una noche que ha sido vencida totalmente por la luz, por la gloria, por una mañana que no volverá a conocer la oscuridad de la noche ¿Somos testigos ya de esta realidad?

Cuestionario para la oración personal:

- 1.- Pentecostés es el fruto de la Pascua, ¿Cómo me preparo para esta gran fiesta? ¿Cómo testimonio y construyo Iglesia desde los dones que Dios ha depositado en mí? ¿Qué dones apporto en ANFE?
- 2.- Cada Vigilia nos recuerda nuestra misión ¿Cómo nos hacemos eco de las necesidades y oscuridades de nuestros hermanos? ¿Cómo son de vivas nuestras celebraciones y reuniones?